

notes

internacionals

CIDOB

27
ABRIL
2011

REVUELTAS POPULARES O LA LLEGADA ÁRABE A LA MODERNIDAD POLÍTICA

Burhan Ghalioun Profesor de política y sociología, La Sorbonne, París

A lo largo del último siglo y medio los árabes han alcanzado un nivel razonable de desarrollo cultural e intelectual. Han llevado a cabo guerras de liberación nacional y todavía luchan en lugares como Palestina. Han construido estados –o, mejor dicho, “estructuras de estado” modernas– que aún se mantienen en pie a pesar de haber sufrido sacudidas internas y externas, algunas de ellas de carácter violento. Han puesto en marcha transformaciones agrícolas, industriales y científicas que no difieren mucho de las que han llevado a cabo otras naciones. Aún así, tanto en el nivel pan-árabe como en el de cada país particular, no han conseguido construir naciones modernas, en cuanto significa constituirse en sociedades unidas, interactivas y cohesionadas cuyos miembros están conectados a través del vínculo de la ciudadanía, el deseo compartido de vivir juntos y la afirmación de la dignidad humana. Ello implica el reconocimiento de derechos básicos como la igualdad y la libertad política y de pensamiento como base para la participación activa y responsable en la comunidad nacional e internacional.

La principal razón de este fracaso es el secuestro, por parte de poderes tiránicos, de las semillas de la modernidad política que son la liberación de las influencias extranjeras (sean éstas religiosas, políticas o culturales) y el logro de la soberanía *de facto* que significa el derecho de cada miembro de la comunidad a pensar por sí mismo y a participar, en igualdad

de condiciones y sin coerción alguna, en decisiones que atañen asuntos públicos y privados y en la labor de contribuir a aquello que cada individuo considere esencial para el interés público. La emergencia del ciudadano como protagonista y centro de la vida política es la esencia de la modernidad. Es la base para transformar la soberanía popular en la única fuente de poder político y punto de referencia permanente para la actividad política, así como el *locus* donde se solucionan los conflictos sociales. Soberanía del pueblo significa independencia para cada individuo y la afirmación del derecho a la

En cuanto los pueblos árabes se liberaron de la protección de los sultanatos y dieron sus primeros pasos por la senda de la modernidad política, fueron rápidamente devueltos a tiempos premodernos por unos regímenes autoritarios que los obligaron a someterse a una voluntad que pronto se demostró que no era la suya.

igualdad con sus pares –lo que significa estar libre de la marginalización, la humillación y la exclusión de las decisiones colectivas, así como la imposibilidad de ser responsabilizado y sancionado, al amparo de una justicia igual para todos, por nada que no sea una ofensa a la ley. He aquí el fundamento –y la condición esencial– del contrato social del estado. Soberanía significa también la existencia de un estado libre, no dependiente o sometido a poderes extranjeros, puesto que sólo un tal estado puede proteger la soberanía del pueblo y garantizar su ejercicio pleno.

En cuanto los pueblos árabes se liberaron de la protección de los sultanatos y dieron sus primeros pasos por la senda de la modernidad política, fueron rápidamente devueltos a tiempos premodernos por unos regímenes autoritarios que los obligaron a someterse a una voluntad que pronto se demostró que no era la suya. Y fueron, de esta manera, condenados otra vez a convertirse en una masa de súbditos menores de edad, engañados, traicionados y obligados a plegarse a la voluntad de su amo, fuese éste persona, élite o partido.

El secuestro de las libertades y de la soberanía popular tuvo éxito gracias al rol de líderes carismáticos y de élites nacionales políticas y económicas que lo utilizaron para suprimir sistemas tradicionales obsoletos y para acelerar la transición hacia usos modernos en lo económico, lo social, lo técnico y lo científico, o para engañar a las poblaciones con la excusa del nacionalismo o de la defensa de los intereses nacionales. En consecuencia, técnicamente, se podría afirmar que el pueblo, engañado por este espejismo de modernidad aparente pero no real, acabó abandonando de forma casi voluntaria su soberanía y sus libertades.

A partir de los años 70, movimientos de protesta empezaron a oponerse a estos regímenes autoritarios a partir de su falta de legitimidad, sobre todo cuando se hizo evidente que habían perdido el combate por el desarrollo, la justicia social y la soberanía nacional a la vez que se enfrentaban a la presión estratégica y militar israelí. Consignas de reforma, cambio y democracia recorrieron el mundo árabe, acompañadas por la esperanza de sustituir o renovar las élites gobernantes. Sin embargo, intereses estratégicos internacionales –especialmente el miedo de los países industrializados a perder el control directo de las principales fuentes de producción de petróleo y ante la posibilidad de que cayesen en manos anti-occidentales, junto con la necesidad de garantizar seguridad y máxima protección al estado de Israel– proporcionaron a las élites autoritarias una oportunidad de oro para soslayar la voluntad del pueblo y hallar, contando con todo el apoyo occidental, una justificación para permanecer en el poder. A partir de entonces, y a lo largo de los años 80 y 90, estos regímenes multiplicaron inexorablemente sus capacidades represivas. Los estados de Oriente Medio se convirtieron en monstruosas máquinas de opresión, y los países sirvieron de cárcel para su propia gente, desposeída prácticamente de la totalidad de sus derechos políticos e incluso civiles al amparo una agenda internacional y, sobre todo, norteamericana.

La represión sistemática de protestas y levantamientos de todo tipo, alimentados por la disidencia política o el pensamiento crítico, terminaron con la quiebra efectiva de la voluntad popular, obligando a la gente a abandonar su lucha, y a rendirse. La represión consiguió además asegurar el papel político de la élite gobernante y su transformación en una élite aristocrática que percibía a sus súbditos como pertenecientes a una sub-clase, falta de autoconciencia y voluntad, cuya existencia se limitaba a asegurarse el día a día y a ponerse al servicio de sus amos, no haciéndose, de esta manera, acreedora de derecho alguno.

Esta regresión hacia un marco medieval hizo que las sociedades árabes perdiesen casi todo el progreso hacia la moderni-

dad que habían conseguido en otros ámbitos como el nacional, el económico, el social, el cultural y el psicológico. El propósito de esta auto-proclamada élite superior de monopolizar y perpetuarse en el poder le condujo a forjar una alianza con poderes extranjeros a costa de sacrificar la soberanía popular y la independencia nacional. Ello llevó a métodos y prácticas de gobierno y a comportamientos individuales y colectivos basados en la violencia, la coacción, la chulería y la trampa. Generó corrupción a niveles casi desconocidos hasta entonces en el mundo. Acabó aniquilando la libertad personal y erradicando la voluntad individual. La práctica de eliminar los valores humanos de la cultura y de la identidad resultó en la desaparición de cualquier sentido de pertenencia social o patriotismo. La economía, que supuestamente tenía que generar puestos de trabajo y bienes y servicios, se convirtió en economía puramente especulativa cuyo principal objetivo era acelerar la acumulación de riqueza en manos de las élites dirigentes. La prohibición de cualquier tipo de comunicación política llevó al resurgimiento de los vínculos tribales, confesionales y sectarios y, en consecuencia, al regreso de valores centrados en una cultura anti-individual, anti-racional y anti-intelectual. Las sociedades árabes se tornaron más y más frustradas, temerosas e introspectivas como resultado de su aguda alienación frente al mundo moderno y ante los feroces intentos de aislarlas, marginalizarlas y forzarlas a la subordinación, aprovechando un contexto internacional dominado por poderes occidentales.

Puesto que la soberanía popular, la emancipación de la tutela de poderes extranjeros, y la posibilidad de cada individuo de participar en las decisiones que implican el destino de la comunidad política y contribuir a definir su futuro, son las condiciones principales para abrir las sociedades a la modernidad en los ámbitos económico, social y cultural, escamotear la libertad y la independencia a estados e individuos significa abonar el terreno para sabotear cualquier proyecto de modernización económica real y para eliminar cualquier posibilidad de que aparezcan relaciones sociales basadas en la alianza libre entre individuos, esto es, cualquier posibilidad de contrato social. Además, excluye cualquier esperanza de que se desarrolle una cultura moderna o una ética cívica que sitúe al individuo por encima de la cultura de la simulación, la imitación, la gratificación instintiva y la identificación con comportamientos de clan, atávicos o espontáneos. La afirmación de la soberanía popular, que a veces lleva a las masas a ocupar las calles y a protagonizar revueltas sangrientas, es la esencia de la modernidad. Es también el origen de la democracia, cuya expansión es todavía el eje del pensamiento social moderno en todo el mundo. Este es en verdad el mayor logro de las revoluciones populares que se desencadenaron primero en Túnez y después en Egipto, unas revoluciones que están obligando al mundo árabe a regresar a la historia universal.

Independientemente del rumbo que tomen en los próximos días y semanas, los actuales levantamientos populares en los países árabes han puesto en marcha, en este principio de la segunda década del siglo XXI, aunque sea con un siglo y medio de retraso, lo que sin lugar a dudas es el capítulo más importante en la historia de la modernidad política en el mundo árabe.